

SUEÑOS DE UNA NIÑA LLAMADA DOLORES



Un día cualquiera hace unos treinta años, recuerdo estar tumbada en la cama, mirando hacia el techo sin pensar en nada en especial. Sospechaba que el despertador sonaría pronto, así que me levanté. Estaba comenzando a amanecer, y en ese mismo momento sonó mi despertador; me apresuré a apagarlo.

Me vestí rápidamente y preparé la mochila para ir al instituto. Antes de bajar a la cocina, eché un último vistazo a mi habitación. Estaba igual que siempre, repleta de sueños por cumplir, igual que yo. Llena de fotos de lugares a los que quería viajar, llena de maquetas de construcciones que me habían ido regalando al cabo de los años, porque mi familia sabía que me encantaban, o que yo misma había diseñado. Siempre me quedaba mirándolas un rato antes de ir a clase.

Me animaban a afrontar el día. Tenía amigos que no creían cómo podía gustarme algo tanto, pero es que lo más importante para mí es la curiosidad. Todos somos más creativos de lo que nos podemos llegar a imaginar, es solo cuestión de motivación y oportunidades. Y eso es lo que más me gusta, que esté en mi mano ser capaz de crear algo.

Cerré la puerta de mi cuarto y fui hasta la cocina, donde mi madre me esperaba con el desayuno.

Después de desayunar y desearme buen día, me fui al instituto, que no estaba muy lejos. Al salir de casa, el aire cálido de la primavera me invadió. Vivía con mis padres en Jaén, esa ciudad que siempre está tan llena de turistas deseosos de sacarse una foto y conocer su pasado. Pero para mí, era mucho más que eso. Allí se habían criado mis padres, y allí me había criado yo también.

En clase, yo siempre me esforzaba por dar lo mejor de mí. Puede que no tuviera sentido, pero quería cambiar las cosas y, sobre todo, quería demostrar que era capaz de estudiar y seguir mi propio camino. Mis padres no pudieron estudiar, mis abuelos mucho menos. Tenía que salir de ese bucle, demostrarme a mí misma que era capaz de conseguirlo.

En la hora de tecnología, terminé una maqueta de un puente hecho con rollos de papel y cartón junto a mi compañero Jorge. Yo era la única chica en esa clase, y a veces, sentía que me miraban como si aquello no fuera para mí.

—¡Lo hemos terminado! —exclamé, ilusionada.

—No me lo creo, por fin —suspiró él, también contento.

Ambos teníamos ese brillo en los ojos al ver el proyecto, después de semanas trabajando, materializado al fin.

Chocamos las manos y comenzamos a recoger la mesa, antes de enseñarle el diseño al profesor.

Él nos dio la enhorabuena, y los dos salimos parlotando.

—Lo que más me asombra es cómo consigues darle ese “toque” —comentó él en una ocasión.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, sin saber del todo lo que quería decir.

—No lo sé, es la forma en la que haces que algo relacionado con un simple diseño tecnológico se vuelva tan original. Y, al mismo tiempo, no es para nada un caos, porque está todo medido al pie de la letra.

Sonreí.

—Piensa en el bosque más bonito que te puedas imaginar. Lleno de árboles, ríos, montañas, animales correteando. La naturaleza es preciosa, pero lejos de ser un caos, está llena de formas geométricas y patrones ¿No crees que ese es el fin de cualquier proyecto?

Me miró, pensativo, y también sonrió.

—Supongo que tienes razón.

Después de clase, conseguí abrirme paso entre los pasillos para salir afuera. Mis padres y yo habíamos quedado para comer con la abuela, así que me dirigí hacia su casa. Debía caminar bastante rato, pero no me importaba. Mientras, mi cabeza funcionaba sin descanso para decidir cuál sería mi próximo proyecto.

Tras dejar a un lado el parque al que iba de pequeña con mi abuela, llegué a su casa. Llamé a la puerta y ella, como siempre, estaba ahí para abrirme.

—Hola, cielo —se acercó para darme un abrazo.

—¡Abuela! —le besé la mejilla y le devolví el abrazo.

—¿Tienes hambre? La comida está lista.

—Mucha —asentí.

Pasamos dentro, y había un olor maravilloso, que me traía miles de recuerdos de la infancia.

—Voy a servir los platos.

—Yo te ayudo —la acompañé hasta la cocina y juntas pusimos la mesa.

Después de comer y hacer los deberes, vi que mi abuela estaba sentada en su sillón, tejiendo una especie de bufanda que seguramente yo llevaría en invierno.

Me senté a sus pies.

—Dolores, cariño, ¿hasta cuándo vas a seguir estudiando?

La miré, extrañada.

—Tú ya no eres una niña, te estás convirtiendo en una mujer.

—Pero, abuela, ya no es como antes. Yo voy a acabar el instituto, después iré a la universidad.

Una parte de mí se enfadaba con ella cada vez que me lo decía, y la otra simplemente lo dejaba estar. Al fin y al cabo, ella quería lo mejor para mí.

Así que me quedé un rato mirando hacia la chimenea, ahora apagada porque llegaba la primavera, y pensando, una vez más, en el futuro. ¿Estudiaré Diseño Industrial? ¿Estudiaré arquitectura? ¿Seré madre?

Yo solo sabía hasta dónde quería llegar, y pondría todo mi empeño en ello. Nunca renunciaría a mi sueño. Mi familia no tenía mucho dinero, y la universidad era cara. Pero no me rendiría.

Para entonces solo era una adolescente con la cabeza llena de sueños, y ahora soy una mujer que, bajo mi punto de vista, ha conseguido cumplir la mayoría.

Vuelo al presente, y me encuentro tumbada en mi cama, de la misma manera que cuando era niña, pensado en todo y a la misma vez en nada. Pero ya no estoy sola. A mi izquierda está mi marido, y en la habitación de al lado mis dos hijos.

Me despierto, esta mañana de lunes, mentalizada para el día entrante y, esbozando una sonrisa, me levanto de la cama. Recojo, elijo la ropa del día y, ya preparada, despierto a mis hijos para que desayunen. Los dejo en la escuela antes de ir a trabajar a la Universidad Politécnica de Cartagena que me queda a una hora en automóvil.

Desde la ventanilla del coche contemplo las gaviotas sobrevolando el litoral. Es un paisaje muy bonito.

Luego ando en dirección a la universidad, paso por la puerta y subo las grandes escaleras de cristal para preparar mi primera clase de la mañana. Aunque de clases en la universidad, también tengo un máster en educación secundaria.

La clase se encuentra en la parte alta de la universidad, y está repleta de ordenadores. Posee un aspecto acogedor por las vigas de maderas del techo. La clase transcurre bien hasta el final y así, poco a poco, van pasando las horas.

Soy profesora en Estructura de Expresión Gráfica.

Investigo y divulgo lo nuevo aprendido para que sea accesible a los demás.

En mi entorno de trabajo trato cada día de fomentar la creatividad y el diseño. Quiero que mis alumnos sean creativos.

Aprecio de nuevo otros capítulos de mi vida. Recuerdo que a los seis meses de acabar la carrera, trabajé en la empresa AZUD, como responsable del área de diseño: el poder ver

cómo, tras mucho tiempo trabajando en algo, al final, se acaba materializando, es una de las partes más interesantes y bonitas.

Bajo las escaleras y llego a la cafetería. Me siento junto a mis compañeros, y conversamos sobre la próxima semana de Investigación Mediterránea. Está prevista para dentro de muy poco y estoy muy emocionada por ello. Tras almorzar, camino por los pasillos a paso acelerado. Me emociona enseñar; es algo reconfortante. En la siguiente clase vamos a usar una aplicación que nos permite relacionar el código QR con el modelo 3D ya creado.

Este ámbito laboral es muy competitivo. Nos movemos por méritos. Todo depende de los artículos que hayas publicado, de los congresos que hayas dado, tu experiencia profesional o tus libros editados. Sin embargo, aunque esto puede llegar a cansar, es necesario buscar siempre el aspecto positivo: la importancia que tiene formarse y reciclarse. Y lo más importante no es diferenciarte solo por méritos, sino también por tu actitud.

Cuando salgo de la universidad, aprecio el cielo azul que ya se va tornando anaranjado. Subo al coche, y de camino a casa, una sensación agradable me invade. Estoy orgullosa de lo que he conseguido hasta ahora, aunque es muy difícil conciliar vida familiar y vida profesional. El apoyo de mi marido es muy importante para mí. “Soy una madre de familia de dos hijos adolescentes, y mi mayor deseo es que ellos sean capaces de formarse y que estudien algo que les guste”.

Siempre se presentan dificultades en la vida, en cualquier momento, y por eso aconsejo a mis alumnos que no dejen que esas dificultades, esos problemas frenen su potencial. “Una no se despierta convertida en mariposa: el crecimiento es un proceso, y todo el mundo tenemos la capacidad de conseguir lo que queremos”.



